

DE LAS COCINAS A LAS AULAS. REFLEXIÓN SOBRE UN TRABAJO DE CAMPO EN CHINA A PRINCIPIOS DE LA DÉCADA DE 1990 ¹
*FROM KITCHEN TO CLASSROOM: REFLECTIONS ON
FIELDWORK IN CHINA IN THE EARLY 1990s*

Amelia Sáiz López
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

El artículo expone las reflexiones sobre la estancia y el trabajo de campo en China a principios de la década de 1990. Combina la dimensión profesional y personal como un todo indivisible que afecta a la investigación social sobre el terreno. Desarrolla una personal genealogía metodológica y aborda el contexto concreto de la intervención administrativa e institucional que afecta al quehacer de los y las científicas sociales, sin olvidar la “gestión humana”, fundamental en la aproximación y en los resultados. En definitiva, reivindica el trabajo de campo como requisito casi imprescindible para comprender la ideología que sustenta los valores culturales del espa-

Abstract

This article reflects on life and fieldwork in China at the beginning of the 90s, starting from the premise that the personal and professional dimensions of ethnography are inseparable and that together they shape social research in the field. It develops a personal methodological genealogy, focusing specifically on the limiting effects of bureaucracy on the work of social scientists, and the human relations skills that are fundamental to social research and the quality of its results. Finally, it defends fieldwork as necessary for an understanding of the ideology that supports the cultural values of the so-

1. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación I + D MINECO “El impacto de Asia oriental en el contexto español” (FFI2011-29090) del grupo de investigación InterAsia de la Universidad Autònoma de Barcelona.

cio social que acoge a los investigadores e investigadoras.

Palabras clave: Trabajo de campo, metodología, sociedad y cultura chinas.

cial space in which the researcher operates.

Keywords: fieldwork, methodology, Chinese society and culture.

En mi incipiente trayectoria profesional antes de viajar a China contaba con experiencia en trabajo de campo cualitativo como ayudante de investigación en estudios para el Instituto de la Mujer –sobre trabajo doméstico–, y en una investigación sobre valores y actitudes de un colectivo social para verter sus conclusiones en programas de educación pública (VIH y prostitución). Todos ellos compartían el objetivo de la aplicabilidad social a corto o medio plazo y fueron financiados por instituciones públicas. Como en todo comienzo, la mayor parte del tiempo de trabajo la dedicaba a aprender las técnicas y entender la lógica del conjunto, escuchando tanto a los y las informantes como a los y las directoras del estudio. Para mí lo más gratificante era la dimensión aplicada y práctica del trabajo, la transferencia de la investigación como se dice actualmente. Estos estudios, y con estos objetivos, cumplían algunos de los requisitos que los hacían válidos a mis ojos de joven investigadora aspirante a científica social profesional. Ellos profundizaban en aspectos sociales, aunque no buscaban únicamente el conocimiento académico sobre las dinámicas sociales de la España de la década de 1980, sino también intervenir en la misma. En otras palabras, cumplían mis aspiraciones de dedicación profesional orientada a la investigación social. Sin embargo, no fue un itinerario profesional el que me llevó a China.

Entre un trabajo y otro me surgió la oportunidad de viajar a China y optar a una beca que me permitiera estar más tiempo y acceder a conocer mejor esta sociedad. Mis conocimientos e intereses sobre ese gran país eran mínimos, pero me brindaba la posibilidad de experimentar algo de lo que tanto había leído en los libros de los y las antropólogas acerca del trabajo de campo en un lugar alejado de mis propios referentes. Dado que en mis expectativas previas no contaba con tal giro geográfico en mi vida, por el desconocimiento inicial de la cultura y sociedad chinas, en un primer momento pensé que más que un trabajo de campo al uso sobre cualquier aspecto que me interesara del país, lo que sí que estaba en condiciones de hacer era observar mi propia evolución como investigadora. Se trataba de una aproximación bastante novedosa para mí y para la época en la que me había formado ya que la visión dominante de la disciplina señalaba la distancia antropológica como uno de los requisitos fundamentales para llevar a cabo un estudio objetivo, bien fuera de un tema o de un grupo. Para cualquiera de

las posibilidades, se nos decía, era imprescindible mantener el rigor en la observación, como si el “sujeto observado” fuera ajeno al observador, y el “sujeto observador” –el investigador– no tuviera nociones, actitudes, sentimientos, ante el sujeto observado y ante la cultura, fuese la propia o la estudiada. De lo que nunca oí hablar en las aulas de la Facultad es de lo que me encontré en mi periplo chino.

Y es que, además de las consideraciones previamente señaladas centrales a la labor investigadora, en ocasiones la realidad en la que nos vemos inmersos puede resultar determinante para nuestra investigación. En este caso en concreto, me refiero a la que está sujeta a la coyuntura política. Pieke (2000) señala en su artículo “Serendipity: Reflections on Fieldwork in China”, cómo el curso de los acontecimientos producidos en el país durante los meses de mayo y junio de 1989, reorientaron su trabajo de campo hacia aspectos que con anterioridad no se le habían revelado dignos como objeto de estudio. Subraya que la política e ideología maoístas creen en el poder de la palabra y, por tanto, la restricción de la información es un significativo del poder. Además, la burocracia mantiene la realidad en secreto, un producto de su funcionamiento en el mundo. En este sentido y en ese contexto: “From the perspective of the people who give or deny us access to the field in China, the facts of everyday life, no matter how trivial, therefore matter a great deal” (Pieke 2000: 132).

La cotidianeidad, con toda su compleja sencillez, emerge como un punto focal del proceso de recopilación de observaciones y reflexiones, de la novedosa realidad social y cultural que nos envuelve y en la cual nos tenemos que desenvolver. ¿Cómo se lleva a cabo este proceso? ¿Cómo se cumplimentan las exigencias profesionales? ¿Y la capacidad de adaptación? ¿Qué peso tienen las circunstancias en la elección del trabajo? Estas son algunas de las preguntas que guían este artículo. Una reflexión que parte de una mirada retrospectiva a una época de China concreta y a una etapa de mi vida que ha marcado mi desarrollo posterior personal y profesionalmente, dimensiones que en la experiencia no son separables sino simultáneas y por ello resulta tan sumamente difícil de exponer de acuerdo con los criterios académicos al uso.¹

Para responder a las anteriores preguntas he desarrollado tres niveles de análisis que enmarcan y abordan la progresión de mi experiencia de trabajo de campo en China a comienzos de la década de 1990. En primer lugar, se analiza la construcción de mi mirada sobre el país a partir de los textos leídos y las propuestas de acercamiento a la

1. En las corrientes antropológicas surgidas a finales del siglo pasado no son extrañas las etnografías y estudios de aspectos culturales donde los y las investigadoras están involucradas personal o profesionalmente. Algunos ejemplos de esta tendencia en España son los trabajos de Marta Allué, *DisCapacitados. La reinención de la igualdad en la diferencia* (Bellaterra, 2003) o Norma Mejía, *Transgenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica* (Bellaterra, 2006).

realidad social que aportan, en una suerte de genealogía metodológica que orientará la posterior toma de posición ante el trabajo de campo. En segundo lugar, se aborda el contexto concreto de la intervención/intromisión administrativa e institucional que afecta al quehacer del científico social en China en la época; y finalmente se describe el nivel más básico del trabajo de campo en sí mismo, donde la “gestión humana” es fundamental.

Nivel I: Genealogía metodológica

Como ya se ha señalado mi llegada a China se debió a la coincidencia. En la obra de la literatura clásica china *A la orilla del agua* -versión castellana realizada en China por Mikel Lauer- aparece la frase “sin coincidencia no hay historia”.² La coincidencia como causa de los acontecimientos sugiere la interconexión de distintos factores que en su conjunción producen un efecto, esperado o no, que marca un devenir. En mi caso, la coincidencia me llevó a vivir a China a finales de 1991. En tanto viaje no conscientemente planeado, mi preparación para tal circunstancia era escasa, por no decir casi nula. Salvo conocimientos muy generales sobre el país –larga historia, régimen político socialista y poco más– y los sucesos de 1989 retransmitidos al mundo en directo por los medios de comunicación que retrataron a un país, a una ciudad –la capital- primero ilusionada, después a una plaza llena de estudiantes decorada con iconos occidentales, posteriormente asediados y finalmente masacrados,³ poco más contaba en mi acervo personal sobre la zona. Mi desconocimiento no sólo incluía la lengua sino también las posibles consecuencias de estos acontecimientos en la cotidianeidad china.

Cuando llegué a mi destino, la Universidad de Zhejiang en Hangzhou,⁴ recuerdo que una de las primeras cosas que hice fue comprar un mapa de China y colocarlo enfrente de mi mesa de estudio. Un acto de afirmación y localización: ¡Aquí estoy ahora! Es sabida la extensión del país y la gran diversidad de su naturaleza, así pues se comprenderá que este acto no era más que un simulacro simbólico de acicate para no sentirme ajena o pér-

2. Reclamo creativo de una de las series caligráficas de la artista Paloma Fadón expuesta en Beijing en 1993. Véase: <http://www.ugr.es/~gidea/palomafadon/exposiciones.html>

3. Entre otras muchas aproximaciones, véase Pieke (1995).

4. Hangzhou es la capital de la provincia de Zhejiang. En la ciudad se encontraba la Universidad de Zhejiang y la Universidad de Hangzhou, entre otras, pero la última reordenación universitaria ha convertido a la mayoría de las universidades de la capital en campus de una única institución.

dida en el que iba a ser por una temporada –aún indeterminada– mi país de adopción, al menos en el espacio abarcable y conocido de mi habitación. Esperaba familiarizarme con la geografía, los nombres, los ríos y rutas –en una palabra, el terreno, lo físico, lo tangible–, con el fin de compensar mis inseguridades idiomáticas, y por tanto comunicativas. Nunca antes había vivido fuera de España, por esa razón no era consciente del valor de poder expresarse en la lengua materna. En el contexto donde vivía las lenguas francas eran *putonghua*⁵ e inglés. De la primera no sabía nada, de la segunda poco, por lo que inicialmente carecía de las herramientas lingüísticas adecuadas para poder llevar a cabo el estudio de la sociedad china. Así pues, el itinerario era evidente: entre otras cosas, se hacía necesario aprender la lengua y la cultura chinas.

El aprendizaje de la lengua fue paralelo a mi estudio sobre la historia, sociedad y cultura del país. Ambos aprendizajes fueron autodidactas en un primer momento. Con respecto a la lengua contaba con amigos y amigas chinas que tuvieron la paciencia suficiente para escucharme y enseñarme fonética, vocabulario y giros idiomáticos de uso popular. Mis objetivos lingüísticos se centraban en el lenguaje oral –entender y hablar– para poder comunicarme con las personas, escuchar lo que tenían que decir y entender su mentalidad. En mis planes futuros, la lengua nunca se perfiló como una opción profesional en sí misma, simplemente era un instrumento de comunicación. Si para el estudio del idioma los textos eran secundarios durante esta primera fase de mi estancia, no lo fueron en cambio para mi acercamiento a la cultura china. Entre los muchos materiales que leí por aquel entonces, especial relevancia tienen para este artículo aquellos que revelaban cómo se había construido el conocimiento occidental sobre la sociedad china del siglo XX. Mis lecturas sociológicas y antropológicas de las investigaciones realizadas sobre el país iban conformando un panorama de aproximaciones teóricas y metodológicas diversas, todas ellas sugerentes. Una dimensión de aquellas lecturas era el acercamiento a las distintas maneras de *estar en el campo*, es decir, desde qué lugar se situaba el investigador, conocedor o divulgador en relación con China, sus informantes y sus lectores.

Una aproximación, personal e histórica, al campo en la primera mitad del siglo XX

Las obras que sobre China habían escrito personas occidentales durante el siglo XX que más me llamaban la atención eran las de las mujeres. Escritoras, periodistas e in-

5. Denominado, en castellano, chino mandarín

vestigadoras que estuvieron en China en diferentes momentos y contribuyeron con su esfuerzo y presencia a construir el imaginario sobre las personas chinas de los hombres y las mujeres procedentes de Europa y Norteamérica. Lejos de pretender ser exhaustiva, he aquí una muestra de algunas de las personalidades femeninas que poblaron mi particular mapa chino.

A Daughter of Han. The Autobiography of a Chinese Working Woman de Ida Pruitt (1891-1985), publicada en 1945 por la Universidad de Yale, es una de las primeras historias de vida de una mujer china que leí. La obra no sólo me ayudó a comprender la lógica de las relaciones sociales y de género en China a principios del siglo XX –relaciones en una sociedad postimperial– y a apreciar la mecánica de la metodología cualitativa, sino también me acercó a la comunidad de mujeres de origen occidental afincadas en el país por motivos familiares. Se trataba de las hijas de misioneros, algunas de ellas nacidas en China como el caso de Ida Pruitt, otras llegadas en su infancia, como Pearl S. Buck,⁶ socializadas en la lengua y en la cultura chinas y angloamericanas, integrantes de la élite intelectual más influyente de la China nacionalista. Mujeres que vivieron las particularidades políticas y culturales de la época encarnando –en el sentido de *embodiment*– las contradicciones emocionales del patriotismo y del sentido de pertenencia.⁷ Además de la admiración por su trabajo, y teniendo en cuenta mi condición de extraña –extranjera– a la cultura china, es comprensible la fascinación que la vida de estas mujeres ejercía sobre mí y que ocuparan un lugar relevante en mi personal panteón femenino occidental en la republicana China de la década de 1930.

Seguramente la etapa de la Larga Marcha (1934-1935) y de la lucha del pueblo para liberarse de las fuerzas japonesas (1937-1945) son algunos de los momentos más románticos de la historia del Partido Comunista Chino. Narraciones de la épica de los más de 9.000 kilómetros recorridos con todas las dificultades posibles, incluida la persecución del ejército del Partido Nacionalista, hicieron de los supervivientes los defensores de la dignidad nacional y héroes morales de la resistencia al enemigo y del patriotismo. Tal comportamiento en la antesala de la Guerra de Asia Pacífico (Segunda Guerra Mundial) y en plena lucha contra el fascismo en Europa, colocan a este país en el foco de los obturadores y máquinas de escribir de los testigos presentes en el territorio: los y las

6. Pearl S. Buck (1892-1973) vivió en China casi sin interrupción hasta 1934 y recibió el premio Nobel de Literatura en 1938 “for her rich and truly epic descriptions of peasant life in China and for her biographical masterpieces”.

7. Del lado chino, el equivalente a la situación de estas mujeres lo ejemplifica la escritora Han Suyin (1916-2012), hija de padre chino y madre belga. Su prolífica obra de narrativa, autobiografía y ensayo acerca la realidad china del momento a los lectores con un gran compromiso por su parte con la transformación social del país.

periodistas.⁸ Los trabajos de Edgar Snow (1937, 1974) narran la guerra chino-japonesa desde el frente comunista. A él se deben las semblanzas del joven Mao, seguramente de las más amigables presentadas al mundo occidental. En aquella época, cada guerra contra la opresión era tema obligado de los escritores occidentales comprometidos. Y de las mujeres. En muchos de los textos que leí de esta época Agnes Smedley (1892-1950) y Anna Louise Strong (1885-1970)⁹ eran las escritoras más citadas. Se valoraba su manera de ejercer el periodismo, mujeres valientes, independientes y profesionales testigos de primera mano de los acontecimientos que relataban y difundían en sus crónicas escritas en el frente y con fuentes de prestigio. Que estuvieran del lado del que sería aliado de las fuerzas occidentales en su lucha contra el ejército japonés, no resta mérito al respeto alcanzado por estas periodistas y a la gran difusión de su trabajo.

Estas fueron las únicas fuentes a las que tuve acceso sobre la presencia en el terreno de personas procedentes de otras latitudes culturales en la China previa a 1950. Pese a que en sus escritos no había muchas reflexiones en torno al peso de su origen geográfico-político-social-cultural para lograr la información y llegar a las fuentes de los personajes ilustres protagonistas de la historia que contaban¹⁰ ni sobre las relaciones que mantenían con las personas chinas, y que mi realidad nada tenía que ver con esa época, estas lecturas me permitieron pensarme como investigadora social en el terreno de estudio. A pesar de las dificultades teóricas y prácticas, a pesar de mi origen, a pesar de mis deficiencias, consideraba que estaba a mi alcance.

La antropología “roja” y la desterritorializada

Desde la proclamación de la República Popular China (1949), el país sólo fue accesible para los amigos del régimen y del Partido Comunista Chino. Pronto se organizaron viajes a China para personas afines y simpatizantes, preferiblemente escritores, escritoras y periodistas,¹¹ con el fin de divulgar por el mundo los efectos positivos del socialismo

8. Véase, por ejemplo, Wright (s.d.), Apter (2005).

9. *Por qué lucha China* de Anna Louise Strong fue publicada en 1944 por la editorial Futuro de Buenos Aires. En la portada del libro reza: “Un relato emocionante, enraizado en la historia de los días que vive China –una quinta parte de la humanidad– combatiendo por su independencia”.

10. Salvo en el caso de la autobiografía novelada de Han Suyin disponible en castellano: *El árbol herido y Una flor mortal*, ambas publicadas en Madrid por Ediciones Cid el año 1967.

11. Simone de Beauvoir lo hizo en 1955, el resultado fue su libro *La longue marche: essai sur la Chine* (1957) [publicado por Editorial Pléyade de Buenos Aires en 1970]. Julia Kristeva lo haría en la década de 1970 y *Des chinoises* (1974), el fruto de este viaje, ha sido criticado debido a su “...desconocimiento sobre China...” por, entre otros, Hodge y Louie (1998).

en la población china (Brady 2003). Para el resto de extranjeros, el acceso fue prácticamente imposible hasta los años setenta del siglo pasado. No obstante, algunos estudiosos pudieron profundizar en las consecuencias sociales de las políticas socialistas realizando etnografías de estos procesos en diferentes lugares del territorio. Las ya clásicas obras de Hinton (1966) y Myrdal (1969) fueron referentes para conocer el efecto de la revolución en la organización social rural china durante las primeras décadas del periodo maoísta y se han convertido en textos de obligada consulta para analizar cualquier aspecto de la sociedad maoísta, incluidos el ámbito metodológico. De hecho, Hinton y Myrdal fueron considerados amigos de la revolución china, pues más allá de ese rol no resultaba fácil conseguir la aprobación del partido para estudiar *in situ* la transformación social vinculada a la puesta en práctica de las políticas socialistas (Thøgersen y Heimer 2006). Este requisito imperativo, mejor dicho, la ausencia de él, propició la aparición de un fenómeno etnográfico que podríamos denominar la “antropología desterritorializada”, es decir, la que lleva a cabo el estudio de la cultura y sociedad chinas con aproximaciones y metodología antropológicas fuera del territorio de la China continental. En la década de 1970, Taiwan y Hong Kong se erigieron en los enclaves adecuados para estudiar la sociedad china. La lista de trabajos de esa época es considerable, pero la obra de Anita Chan, Richard Madsen y Jonathan Unger (1984) resulta especialmente paradigmática –o anti-paradigmática, según se mire– en la medida en que la etnografía se realizó con informantes originarios de un pueblo chino del interior que residían en los Nuevos Territorios de Hong Kong.

No entraremos a valorar la relación entre la ideología política de los y las investigadoras y su narrativa de la China socialista. Lo que sí es destacable es la versatilidad metodológica de los estudios mencionados, donde la presencia o ausencia de las personas investigadas y las investigadoras en el lugar investigado no es central para llevar a cabo una etnografía sobre esa localidad concreta. Un desarrollo metodológico novedoso que me causó una sincera admiración, por un lado, y cierta perplejidad ante la formación metodológica recibida durante los estudios universitarios, por otro. Es decir, que las circunstancias impusieran las posibilidades metodológicas con resultados notables para la disciplina hacía pensar –más bien sospechar, en la fase de descubrimiento en la que me encontraba– que quizás las obras de los maestros canónicos no se basaban en trabajos de campo tan asépticamente carentes de eventualidades e imprevistos como yo había entendido de las explicaciones y lecturas sobre Antropología. Sin embargo, algo sabía de ello gracias al antropólogo inocente Barley (1989), cuya etnografía resultó ser un relato divertido y descarnado de los efectos de los investigados sobre el investigador. Por todo ello, y en este estadio de reflexión, vislumbra la imaginación y la capacidad de reacción como habilidades importantes a desarrollar –y comprobar– sobre el terreno.

Respuesta metodológica a la apertura china

Durante la década de 1970 fue un poco más fácil permanecer en el país para estudiar e investigar. Con el cambio de la política económica, distintas instancias chinas comenzaron o retomaron sus lazos con sus homónimas occidentales. En el ámbito de la antropología se facilitó la llegada de estudiantes de grado y de postgrado extranjeros para completar sus estudios *in situ* al mismo tiempo que las universidades chinas se hicieron eco de las perspectivas y métodos de investigación de la academia occidental. La apertura, pues, significaba una “normalización” del modo de hacer ciencia social sobre el terreno. Salvo algunos episodios deshonrosos para la profesión¹² que complicaron el trabajo de los que llegaron posteriormente, en los años ochenta se podía satisfacer la curiosidad sobre la realidad de la sociedad china directamente, y allí acudieron antropólogos/as occidentales de renombre que en la década anterior practicaron la “desterritorialización metodológica” en Taiwan o en Hong Kong, como por ejemplo la antropóloga M. Wolf, cuyas estancias se reflejaron en sendos libros sobre la familia y las mujeres chinas (1972 en Taiwan; 1985 en China).

Para hacer trabajo de campo era preciso contar con el apoyo de alguna institución académica o política chinas. Sea como fuere, a los investigadores extranjeros les acompañaban ayudantes chinos que presenciaban sus encuentros con los informantes y escuchaban atentamente las entrevistas para traducir si fuera preciso. La presencia de estos voluntariosos asistentes, en ocasiones, ejercía el efecto de control sobre la información transmitida a los investigadores.¹³ Además de los requisitos burocráticos exigidos para la tramitación de permisos y el acceso a los informantes, las especiales condiciones para la recogida de datos cualitativos distaban del modelo ideal del trabajo de campo. Una de las consecuencias de este “ritual etnográfico pre-trabajo de campo” característico de la China de la época era la limitación de los temas a estudiar y, sobre todo, la ausencia o reducción de la espontaneidad de los informantes. Esta situación favorecía la transmisión de imágenes de una realidad permanente y llamadas a la autenticidad inmóvil y no cambiante, por no citar los juicios sobre los resultados de la revolución socialista. Este panorama se alejaba mucho de la eferescente vida urbana y los profundos cambios en las ciudades más grandes del país. La actividad intelectual y cultural de la época ha quedado reflejada en títulos tan descriptivos como *High Cultural Fever* (Wang 1996).

12. Como el affaire de Steve Mosher expulsado del programa de doctorado de la Universidad de Stanford a comienzos de los años ochenta por su “conducta fuera de la ley y falta de ética”, al violar durante su trabajo de campo en el medio rural chino los principios de la ética de la antropología (Pieke 1987).

13. Un ejemplo se encuentra en el trabajo de campo de principios de los años noventa de Beltrán que se analiza en su contribución a este mismo número monográfico de *Quaderns*.

Así pues, la situación parecía imponer otras formas de acercamiento al objeto de estudio que pudieran captar tanta actividad y dinamismo, algo imposible de conseguir siguiendo el protocolo institucional habitual.

En este contexto surgieron nuevas propuestas metodológicas como la “guerrilla de entrevistas”, que se utilizó para captar las actitudes, pensamientos, puntos de vista y planes de futuro de los *getihu*, emprendedores que iniciaron pequeñas actividades comerciales privadas en las ciudades chinas durante los años ochenta. Thomas Gold es el responsable de este “activismo antropológico” que define como “...unchaperoned, spontaneous but structured participant observation and interviews as opportunities present themselves” (1989: 180). Nuevamente, las circunstancias y los sujetos a estudiar, imponían una metodología diseñada específicamente en función de las posibilidades que la realidad envolvente (¡serendipia!) permitía.

Resumiendo: el bagaje metodológico adquirido a partir de mis lecturas para diseñar un proyecto de investigación adecuado me sugería que para acceder a la cotidianidad china, el mundo rural era el territorio más interesante donde observar la evolución de la sociedad socialista y, las mujeres, el grupo a estudiar. Mi presencia allí daría paso a una etnografía realizada desde el espacio más femenino y social de la zona. Emulando a las periodistas occidentales de los años treinta en el frente, me imaginaba –¿invisible?– compartiendo conversación, experiencias y comida con las mujeres en las cocinas, estancias de uso comunitario en zonas urbanas y rurales de la época. Siguiendo la lógica de la “desterritorialización metodológica”, pensaba que podría analizar las relaciones familiares y comunitarias del lugar de estudio elegido a partir de los recuerdos, los discursos y la mirada de las mujeres, es decir, llevar a cabo un estudio de comunidad sin tener en cuenta a una parte de la comunidad, una nueva versión de la dialéctica de la presencia/ausencia desarrollada por otros antropólogos y antropólogas al investigar la organización social china.

Nivel II. Gestión política de las instituciones

Los primeros años de la década de 1990 no fueron los mejores para los científicos sociales chinos u occidentales en China. Una de las consecuencias de los trágicos acontecimientos de 1989 fue un mayor control político de la cotidianidad. La vuelta de las sesiones de estudio de política, desaparecidas en la década anterior, es un ejemplo. El ambiente era tenso. Algunos amigos chinos se distanciaron porque no querían que se les asociara con extranjeros. Recordaban cómo, en épocas pasadas, ésta había sido una razón

—excusa— para la represión política y no descartaban su regreso. Ante mi escepticismo —o ignorancia, según se mire— sobre tal posibilidad me explicaban un movimiento de *taijiquan* y, recalcan que el final del mismo —brazo extendido con el puño abriéndose y cerrándose— era la mejor metáfora posible de los vaivenes de la tolerancia política de la China maoísta. Amigos chinos más pesimistas especulaban con la ruptura del país y las consecuencias nefastas que su consumación supondría para el pueblo. Pese a que esta visión me parecía infundadamente alarmista, lo cierto es que se impuso la cautela en el quehacer y qué decir cotidianos.

Los y las investigadoras extranjeras en China durante este periodo, fuimos testigos —e incluso protagonistas— de cómo se materializaba lo que habíamos leído que sucedía en otras latitudes geográficas: comprobar el peso de las decisiones políticas en la labor académica. Ni yo ni muchos de mis colegas estábamos preparados para esto. No hay más que ver cómo describen su trabajo de campo investigadoras como Rofel (1999) o Yang (1994), por citar sólo algunos ejemplos. En mi caso, quizás no tan comprometida con el deber científico y menos dispuesta a sacrificar mi salud mental, la negociación personal entre lo que deseaba investigar y lo que resultaba más fácil y menos comprometido se saldó con una propuesta muy diferente a la inicialmente pensada. Y en este punto, la experiencia acumulada sobre el estudio de la cotidianidad china me sirvió para (re)dirigir mi nuevo destino.

Mi investigación en China fue sufragada mediante una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores gestionada por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI). Eran unas becas de intercambio entre el gobierno español y el chino y por aquel entonces bastante codiciadas por las pocas personas interesadas en estudiar en China, especialmente por los y las doctoras en medicina que pronto fueron excluidos como posibles solicitantes. La beca ofrecía distintas posibilidades, como estudiante de grado o de postgrado. Yo pertenecía a la segunda categoría y para conseguirla debía de presentar un proyecto de investigación y manifestar mis preferencias por la institución académica que me acogería en China. En la convocatoria se especificaba que para la aprobación era necesario el beneplácito de España y de China, por ello, si la AECI aprobaba la solicitud, la enviaban al Ministerio de Educación chino, nuestro primer anfitrión, para su confirmación final.

Cuando salió la convocatoria ya llevaba residiendo en China más de seis meses. Durante ese tiempo me había familiarizado con la lengua y aspectos de la cultura e historia contemporánea del país y había asistido a mi propio proceso de adaptación al mismo. Tras comprobar cómo poco a poco mi mente se iba abriendo y familiarizándose con un trazado urbano concreto, un paisaje humano hasta entonces impensable, un con-

junto envolvente de olores, sabores y sonidos sugerentes por su diversidad y diferencia, además de todo eso, también fui consciente de que cuanto más tiempo pasaba allí más débil resultaba mi criterio a la hora de interpretar los acontecimientos cotidianos. De la búsqueda constante de referencias culturalmente conocidas para explicar lo que veía, fui pasando a hacerme preguntas sobre cómo y por qué sucedían las cosas. El cambio en la manera de afrontar la comprensión del medio es uno de los procesos personales de adquisición cultural más fascinantes de la adaptación. Sin él es posible que se puedan conseguir los objetivos profesionales prefijados, pero si el propósito es explicar(se) el cómo y el por qué de las dinámicas sociales, este proceso ayuda.

Durante mi estancia previa a la obtención de la beca fui testigo de las relaciones administrativo-políticas en China. Frente a la extendida concepción del gobierno chino como totalitario y centralista, mi experiencia indica que las relaciones de la administración central con los gobiernos provinciales y locales no son unívocamente jerárquicas. En política interna cada uno de los niveles administrativos tiene intereses contrapuestos y negocian para defenderlos, en otras palabras, el sistema tradicional *fengjian* (Schreker 1991; Duara 1995) persiste. Para ilustrar este punto relataré dos ejemplos.

Como ya se ha señalado era el Ministerio de Educación quien aprobaba los proyectos propuestos en la solicitud de beca en función de su viabilidad, académica e institucional. Debido a las circunstancias de mi estancia fui testigo de las estrategias de los distintos niveles de gobierno implicados en el cumplimiento de un proyecto de investigación aprobado. El gobierno local elegido para recibir al investigador occidental no estaba dispuesto a ser su anfitrión y presionó al gobierno provincial para que se aliara con su decisión. Por su parte, el investigador apeló al centralismo gubernamental –lógica jacobina– confiado en que pudiera imponer su criterio para llevar a cabo su cometido. La respuesta del gobierno provincial fue la misma: una delegación fue a la capital china para explicar las razones y motivos por las que no se podía hacer trabajo de campo en el lugar elegido. Las negociaciones consumieron gran parte del tiempo de beca asignado, las instancias implicadas utilizaron la dilatación temporal como estrategia para “no perder la cara” ante la Embajada del investigador, dada la implicación diplomática de las becas de intercambio.¹⁴ Finalmente el investigador pudo llevar a cabo su trabajo de campo pero con una reducción de estancia en el lugar y un control considerable, y con un inesperado compañero de viaje: un cuadro de ansiedad que tardó en desaparecer. Es decir, el

14. Por aquel entonces pocas eran las oportunidades para los estudiantes chinos de pasar temporadas financiadas fuera del país y una de ellas eran estas becas de intercambio internacional.

gobierno local anuló las *dificultades administrativas* que habían surgido de la aprobación del estudio por parte del Ministerio de Educación chino, dejando muy claro qué esperaban del antropólogo.

Este episodio tuvo repercusiones sobre mi decisión del proyecto de investigación a presentar. Llegué a la conclusión de que las zonas rurales no eran receptivas a la presencia de investigadores e investigadoras occidentales, y además las instituciones anfitrionas desconfiaban de la imagen que los residentes rurales pudieran transmitir(nos).¹⁵ Como ya he comentado, no estaba dispuesta a sacrificar mi salud mental en esta aventura china por lo que decidí cambiar radicalmente de tema de investigación para poner(me)lo fácil a mis anfitriones –incluidos los que creía y los que imaginaba. En lugar de mujeres campesinas, ahora me centraría en el estudio de las estudiantes universitarias, la futura elite del país. El acceso a la Universidad en China se hacía mediante una exigente selección en la prueba de acceso y recompensaba a los y las mejores alumnas, pues a principios de los años noventa eran muy pocas las plazas universitarias disponibles. De este modo, el sitio del trabajo de campo se trasladó de las cocinas a las aulas, un espacio –el universitario– discursivamente seguro porque las estudiantes –y más después de lo sucedido en la plaza de Tian’anmen– sabrían componer la imagen adecuada de la nación que ofrecer a los investigadores extranjeros.¹⁶

En la solicitud de la beca había que consignar la institución que se prefería para llevar a cabo la estancia de investigación. Al estar ya viviendo en Hangzhou, pensé que tendría más posibilidades de obtenerla si conseguía previamente la aceptación directa de la Universidad de Hangzhou, especializada en Ciencias Sociales y Humanidades. Gracias a los conocimientos sobre la lógica de la cotidianeidad adquiridos, logré que, por primera vez en su historia, esta universidad aceptara a una estudiante becada por el gobierno chino –los estudiantes extranjeros de esta universidad constituían una buena fuente de ingresos ya que seguían programas especiales a precios también especiales, y ese no era mi caso. Sin embargo, cuando el gobierno provincial descubrió mi estancia en ella –con proyecto de investigación aprobado por el Ministerio de Educación chino y la propia universidad– me asoció con el incómodo investigador del caso anteriormente relatado, y me “exiló” a la Universidad de Beijing, donde finalmente hice mi trabajo de campo.

15. La incultura e ignorancia es uno de los estereotipos que recae sobre los y las campesinas en China.

16. Aunque no en lo que respecta al discurso de género. Para más detalles véase “Las universitarias. Educación e identidad de género” (Sáiz López 2001). La primera versión de este estudio se recogió en mi informe *Chinese Women in Higher Learning Institutions. Analysis of their Values and Attitudes. A Case Study*, Centro de Estudios de Mujeres de la Universidad de Beijing, 1994.

Nivel III: Gestión humana. (Por fin) El trabajo de campo

El Centro de Estudios de Mujeres de la Universidad de Beijing aceptó con entusiasmo mi propuesta de investigación. Asociada al Departamento de Historia, se me asignó una estudiante para que me ayudara a contactar con compañeras que quisieran participar en el estudio. La muestra diseñada incluía estudiantes de grado y de postgrado de diferentes disciplinas.

En esa época los y las alumnas vivían dentro del campus universitario. El criterio de asignación de los dormitorios eran sexo, disciplina y curso. Así, con frecuencia las compañeras de clase también lo eran de dormitorio.¹⁷ Si cursaban estudios de grado, en cada habitación dormían y estudiaban hasta seis estudiantes. Si eran de postgrado, las habitaciones pasaban a tener entre cuatro y dos plazas, dependiendo de los recursos de cada departamento. En un edificio de estudiantes de grado compartían el baño las alumnas de distintas disciplinas, pero no de distintos niveles de estudio. Mi “contactadora” estaba realizando estudios de postgrado, por eso le resultaba fácil acceder a compañeras que quisieran hablar conmigo. Las entrevistas las hacíamos en *putonghua* bien en la habitación de las entrevistadas o en la mía –por mi categoría de estudiante extranjera de postgrado tenía derecho a una habitación individual, los de grado tenían que compartir la habitación entre dos. La elección del lugar dependía de las entrevistadas, algunas tenían curiosidad por ver cómo eran nuestras habitaciones y cómo vivíamos, pues en general su relación con los y las estudiantes extranjeras era nula. Otras no querían registrarse en la conserjería, requisito desde su punto de vista humillante. Cuando venían a mi habitación yo las esperaba en la puerta del edificio y mientras se registraban me sentía incómoda, tampoco me gustaba este requisito. Sin embargo, el conserje (*shifu*) era un hombre muy amable que las trató a todas con mucha consideración explicando el porqué de tal medida. Siempre se lo agradecí sonriente y silenciosa. Hasta que llegó el momento de agradecerse directamente.

En Beida –abreviatura para Universidad de Beijing– coincidí con una profesora que había conocido con anterioridad cuando todavía era estudiante en otra provincia china. Esta feliz coincidencia reforzó nuestra amistad. Mi amiga me visitaba cuando tenía tiempo. Pese a su estatus de profesora, también tenía que registrarse para entrar en el edificio de estudiantes extranjeros. Al entrar tenía que dejar el carnet en la conserjería y a cambio le

17. Los estudiantes extranjeros, sin distinción de sexo, nacionalidad o estudios, vivíamos en pabellones específicos, donde las visitas de personas chinas tenían que registrarse. Las condiciones de habitabilidad eran mejores y la privacidad mayor que las de nuestros compañeros y compañeras chinas. Para ellos la estancia era gratuita. Por su parte, los extranjeros no becados por el gobierno chino pagaban una considerable tarifa de alquiler y matrícula.

daban un recibo. Al abandonar el edificio se intercambiaban. Un día mi amiga abandonó la habitación sobre las ocho de la noche pero olvidó el ritual del intercambio. A las once de la noche –hora límite para la presencia de personas chinas en los dormitorios de extranjeros– el *shifu* llamó a la habitación. Sorprendida, bajé para hablar con él y un tanto alterado preguntó por ella. Le dije que ya se había ido, pero su documento de identidad todavía estaba allí. Ante el temor de que ese pequeño olvido tuviera *consecuencias administrativas* para ambos, decidí ir a por el recibo a la residencia de mi amiga sita fuera del campus. Cuando llegué se sorprendió al verme pero, por suerte, no había olvidado dónde puso su recibo. Volví a mi edificio y se lo entregué al conserje, a cambio me dio el carnet de ella. El también me lo agradeció, con una gran sonrisa y muchas frases de agradecimiento. Cuando mi amiga vino a recoger su identificación, también fue muy expresiva en su agradecimiento por un gesto que nunca hubiera esperado de una extranjera, pues para el imaginario chino somos individualistas y, por tanto, ajenos a la suerte de otras personas que no seamos nosotras mismas, y mucho menos si se trata de personas chinas. Desde este incidente, las relaciones entre el *shifu* y mi amiga mejoraron.

Al cabo de dos meses, la hasta entonces fluida cadena de informantes, se paralizó. Los contactos de mi ayudante se habían agotado y mi preocupación iba, lenta y progresivamente, en aumento. Con la información obtenida hasta ese momento no cubría todas las líneas de análisis inicialmente planteadas. Un día mi amiga me preguntó cómo me iba el trabajo. Le expresé mi preocupación y vi como su rostro se iba endureciendo poco a poco; francamente, no sabía qué estaba pasando y temí haberla ofendido. En cierto modo, lo hice. Me preguntó, “¿por qué no me lo has dicho antes? Yo te puedo ayudar”. Sentí alivio y le contesté con toda sinceridad que no se me había ocurrido. Pero ella siguió dándole vueltas al tema y yo no sabía cómo hacerme perdonar por un comportamiento que no juzgaba errado. Mi amiga se guiaba por la ideología china de la amistad y yo por una versión de la occidental. Para mí, una muestra de amistad era no reportar complicaciones o problemas a los amigos y amigas, pero para ella lo importante era poder demostrar mediante la acción esa amistad, por ejemplo, ayudando si surgen necesidades, cosa que yo ya había hecho, como quedó demostrado en el episodio del carnet antes mencionado: con mi “buena” acción demostré mi sentido de la amistad, fácilmente traducible a las coordenadas chinas. Pero aún me faltaba entender que también se ha de procurar ofrecer la posibilidad de devolver el favor para equiparar la relación entre ambas partes, una relación no jerarquizada según el canon confuciano. Cuando lo entendí supe finalmente por qué tenía que disculparme. Días después de esta conversación, sus alumnas vinieron a visitarme para averiguar las características de las alumnas que deseaba entrevistar. Buscaron en sus dormitorios las que se ajustaban a las

necesidades de la muestra y pude completar la recogida de datos mediante las entrevistas en profundidad. Mi amiga se alegró mucho cuando le dije que ya había terminado el campo, y yo, de poder seguir siendo su amiga.

No es ninguna novedad el papel y el peso de los amigos y amigas nativas en el transcurrir del trabajo de campo y de sus resultados, a pesar de lo poco que se reseña en los estudios de la época. Su contribución va mucho más allá de la que llevan a cabo los ayudantes de campo, una figura, por el contrario, muy presente en los relatos etnográficos. Los y las amigas pueden resolver cuestiones prácticas del trabajo de campo; y aún siendo esta ayuda muy importante, desde mi punto de vista no es su mayor virtud. La naturaleza de la investigación social en el terreno conlleva una implicación personal. En este sentido, el nivel emocional es tan necesario e importante como el intelectual y el reflexivo a la hora de analizar y comprender los fenómenos sociales que estudiamos. Si las lecturas y las conversaciones con colegas e informantes son básicas para el estudio de la (otra) cultura, la amistad es su manifestación empírica personal y nos ayuda a significar códigos éticos distantes para ordenarlos en ese marco interpretativo cultural que componemos para explicar(nos) las distintas formas y experiencias de ser humanos.

Epílogo

A mi regreso a España me sentí saturada de la aventura china. Necesité un tiempo de “des-compresión cultural” para sobreponerme a los costes emocionales de mi estancia y resintonizar con “mi” universo cultural, uno que ya no era el mismo al de antes de mi paso por China. Ahora “mi universo” estaba también compuesto por ideas, sensaciones, emociones, saberes y valores que superaban, en el sentido de traspasar, los márgenes convencionales de “nuestra cultura” (Catarini, 2013). Precisamente por ello, las personas que como yo se habían sumergido en el estudio de los otros, fuimos solicitadas como expertas o mediadoras, durante los años en que la llegada a España de personas de todos los continentes ha conformado una de las mayores olas migratorias en tiempos modernos recibidas en un país.

Debido a mi formación en la enseñanza pública española, la beca recibida para investigar en China y lo que aprendí allí sobre su sociedad y cultura, me he dedicado durante muchos años a estudiar la presencia china en España,¹⁸ con el fin de facilitar la compren-

18. Devolución a la sociedad por la inversión formativa realizada en mi persona, una práctica de servicio público, también deudora de la lógica confuciana de la reciprocidad social.

sión mutua –entre la sociedad diversa del Estado español y las diferentes comunidades chinas aquí presentes– sobre las prácticas sociales de cada uno de los grupos sociales implicados en esta ecuación intercultural. Contrariamente a lo esperado, el trabajo de investigación realizado resultó ser un activo importante para la aplicabilidad social.

Mi objetivo profesional ha sido explicar el cómo y el por qué los grupos integrantes del colectivo chino residente en España proceden de la manera en que lo hacen, revelando la lógica inherente de sus prácticas sociales. Esta línea de trabajo considero que es la más adecuada para aproximarse a la diversidad y al estudio de “los otros” en nuestro territorio, un objeto de estudio que, creo, homogeneiza a todas las personas que en un momento dado convivimos en un mismo espacio social. Una perspectiva que mantiene la continuidad con el trabajo realizado en China, donde el grupo eran las estudiantes universitarias y el objetivo comprender la lógica de su discurso acerca de su lugar en la sociedad china. Sin embargo, durante estos años he olvidado que “mi universo cultural” no es totalmente compartido con el resto de mis con-ciudadanos, quienes están mucho más interesados en informaciones generalistas, culturalistas y esencialistas sobre cómo son los chinos –como si fuera una respuesta fácil y única– que en realmente comprender los procesos personales y colectivos de adaptación a un nuevo entorno, las estrategias familiares y comunitarias de acomodación desarrolladas, o sus vinculaciones emocionales transnacionales, por citar sólo alguno de los aspectos que nos conforman como personas.

Mi experiencia como trasmisora cultural ante la sociedad civil ha sido ambigua y, hasta cierto punto, frustrante. Mis esfuerzos por comunicar el talante y las características de la humanidad de las personas chinas no siempre ha sido bien entendido ni recibido. Habitualmente el público esperaba la confirmación de sus presunciones sobre la cultura china en un ejercicio de cosificación de las personas de ese origen. Un ejercicio que convierte la diversidad en un eufemismo colorista del control social.

Bibliografía

- APTER, D.E. (2005) "Bearing Witness: Maoism as Religion", *The Copenhagen Journal of Asian Studies* 22, pp. 5-37.
- BARLEY, N. (1989) *El antropólogo inocente: notas desde una choza de barro*, Barcelona: Anagrama.
- BRADY, A.M. (2003) *Making the Foreign Serve China: Managing Foreigners in the People's Republic*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- CARATINI, S. (2013) *Lo que no dice la Antropología*, Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- CHAN, A., MADSEN, R. y UNGER, J. (1984) *Chen Village. The Recent History of a Peasant Community in Mao's China*, Berkeley: University of California Press.
- DUARA, P. (1995) "The Genealogy of fengjian or Feudalism: Narratives of Civil Society and the State", en *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*, Chicago: Chicago University Press, pp. 147-175.
- GOLD, T. B. (1989) "Guerrilla Interviewing among the *Getihu*", en Link P., Madsen, R. y Pickowicz P. (eds) *Unofficial China. Popular Culture and Thought in the People's Republic*, San Francisco: Westview Press, pp. 175-192
- HINTON, W. (1977 [1966]) *Fanshen. La revolución en una aldea china*, Barcelona: Editorial Laia.
- HODGE, B. y LOUIE K. (1998) *The Politics of Chinese Language and Culture. The Art of Reading Dragons*, Londres: Routledge.
- MYRDAL, J. (1974 [1969]) *Una aldea de la China Popular*, Barcelona: Seix Barral.
- PIEKE, F.N. (2000) "Serendipity: Reflections on Fieldwork in China", en Dresch, P. James W. y Parkin, D. (eds), *Anthropologists in a Wider World: Essays on Field Research*, Nueva York, Oxford: Berghen Books, pp. 129-150.
- PIEKE, F. N. (1995) "Witnessing the 1989 People's Movement", en C. Nordstrom y A.C.G.M. Robben (eds), *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley: University of California Press, pp. 62-79.
- PIEKE, F. N. (1987) "Social Science Fieldwork in the PRC: Implications of the Mosh-er Affair", *China Information* 1(3): 32-37.
- PRUITT, I. (1945) *A Daughter of Han. The Autobiography of a Chinese Working Woman*, New Haven: Yale University Press.
- ROFEL, L. (1999) *Other Modernities. Gendered Yearnings in China after Socialism*, Berkeley: University of California Press.

- SÁIZ LÓPEZ, A. (1994) *Chinese Women in Higher Learning Institutions. Analysis of their Values and Attitudes. A Case Study*, Beijing: Centro de Estudios de las Mujeres, Universidad de Beijing.
- SÁIZ LÓPEZ, A. (2001) “Las universitarias. Educación e identidad de género”, en Sáiz López, A., *Utopía y género. Las mujeres chinas en el siglo XX*, Barcelona: Edicions Bellaterra, pp. 213-251.
- SCHRECKER, J.E. (1991) “Appendix: The traditional understanding of the concepts of fengjian and junxian”, en *The Chinese Revolution in Historical Perspective*, New York: Praeger.
- SNOW, E. (1937) *Red Star over China*, Londres: Left Book Club, Victor Gollancz.
- SNOW, E. (1972 [1974]) *La larga revolución*, Madrid: Alianza
- THØGERSEN, S. y HEIMER, M. (2006) “Introduction”, en Heimer, M. y Thøgersen, S., eds, *Doing Fieldwork in China*. Copenhagen: NIAS Press. pp. 1-23.
- WANG, J. (1996) *High Cultural Fever. Politics, Aesthetics, and Ideology in Deng's China*, Berkeley: University of California Press.
- WOLF, M. (1972) *Women and the Family in Rural Taiwan*, Stanford: Stanford University Press.
- WOLF, M. (1985) *Revolution Postponed. Women in Contemporary China*, Stanford: Stanford University Press.
- WRIGHT, D.C. (s.d.) “The American Romance of Revolution: American Women Observers of the Chinese Communists, 1920s-1940s”.
http://www.motifakademi.com/uploads/articles/public/7334EVA124115170912_article_ready.pdf
- YANG M.M.H. (1994) *Gifts, Favors, and Banquets: The Art of Social Relationships in China*, Nueva York: Cornell University Press.